

pital, me ocupé solo en hacer varias compras, porque como dije á vds. nada tenía.

Lo que habia sacado de la casa se hallaba, como recordarán vds. en el baúl, que habia yo enviado á casa de mi tia. No tuve tiempo de informarme del estado que guardaban mis intereses, porque temí que fuese imprudencia, dar sobre el particular cualquier paso.

Recojí el baúl que estaba en casa de mi tia, por medio de una carta que la escribí, y en seguida sin ver á nadie, y sin ser reconocida por ninguno, tomé mi pasaje en la diligencia, y abandoné en compañía de Julia mi patria querida, el país que sirvió tambien de cuna á mis padres, y donde tan tranquilos se habian deslizado los primeros años de mi existencia!

¡Ah! todo lo abandoné quizás para no volver ya jamás!... y al hablar así Marta inclinó la cabeza abatida por el dolor!... despues de un momento de silencio continuó:

En la diligencia que me conducia venia un anciano, que interesándose por mí al verme sola, me ofreció su proteccion y su cuidado, lo que yo admití con mucho placer y gratitud.

Desde entonces él se encargó de conducirme hasta aquí, como lo ha hecho; despues conocí á vds. y su tierna amistad me ha proporcionado

grandes consuelos, siendo las horas que he pasado á su lado, las mas dulces que ha experimentado mi alma, desde que perseguida por el infortunio, tan solo espinas y abrojos he encontrado á mi paso.

Hemos llegado ya al término de mi relato; me encuentro en los Estados Unidos, y pronto estaré al lado del bondadoso anciano que debe servirme de padre.

¿Cuál será mi suerte? lo ignoro. ¿Qué pasos habrá dado Arturo? Se hallará en su poder mi fortuna? Habrá cubierto de infamia y de oprobio mi nombre? ¡Ay! no lo sé! pero Dios, que protege siempre á la inocencia, se encarga de vindicarme!.....

Marta no habló más, pues parecia fatigada con el largo relato de su vida, y las distintas emociones que agitaban su espíritu; nosotras la contemplábamos en silencio, admiradas de todo lo que aquella tierna jóven habia sufrido!

La historia de sus desgracias la habia elevado á nuestros ojos, y en aquel instante la amábamos con mas fuerza aun, veíamos en ella á una pobre y querida hermana!..... el vínculo de la confianza habia ligado nuestros corazones, y la amistad mas sólida habia unido nuestras almas; pero un sentimiento doloroso nos amargaba,

pronto tendríamos que separarnos de Marta, y como era muy probable, para no volvernos á ver....

Esta idea torturaba nuestro corazón, porque cuando se ama, nada es tan sensible y doloroso como una ausencia quizás sin término.

Un profundo silencio se sucedió después de las últimas palabras de Marta; pero al fin lo interrumpimos preguntándole algo que deseamos saber, y era: si jamás se volvería á unir con su esposo, si alguna vez lo veía ya completamente arrepentido del pasado, y espiando sus faltas con una vida del todo nueva.

Marta nos contempló un momento en silencio, y luego contestó de esta manera nuestra pregunta.

Hay heridas tan terribles y profundas que no se cicatrizan jamás, amigas mías, y no pueden tener más término que la muerte! La que yo he recibido es de este género.... jamás; nó, nunca en la vida volvería yo á unirme con Arturo, ¿sabéis principalmente por qué? no por mí, sino por nuestros hijos. El nombre de mi esposo es un nombre de infamia..... Su conducta pasada, demasiado criminal!.... y cuando nuestros hijos supieran quien había sido su padre ¿podían estar satisfechos, aun cuando entonces fuera un hombre virtuoso?

No conservo para mi desgraciado esposo ningún rencor, continuó con asiento conmovido; no odio á Arturo; pero tampoco puedo amarlo ¡esto no es posible! ¿Cómo amar al hombre que ha causado nuestro infortunio? ¿Cómo poder conservar cariño por el ser criminal, que abusando de nuestro candor y de nuestra inocencia, y refinado de hipocresía quiso engañarnos, y nos condujo así hasta el altar sin amor? ¡Ah! en vez de endulzar nuestra existencia, nos ha martirizado cruelmente pronunciando sobre nosotras el decreto de muerte!.... ¿podeis imaginar siquiera que pudiera vivir de nuevo al lado de Arturo, cuando ha destrozado con su conducta las fibras más delicadas de mi corazón?

¡Ay! y ¡yo le amaba!.... lo amé con un fuego que me abrazaba, y le entregué vírgen y puro mi corazón! Apesar del horrible desengaño que sufrido, no puedo anhelar para él ningún mal, antes por el contrario, amigas mías, yo rogaré al Señor que le ilumine con un rayo de su gracia, que se arrepienta, y que Arturo no acabe su vida en medio del crimen! Que un dolor tan grande como su culpa venga á lavar las negras manchas de que se haya cubierto y que ¡eresto de sus días los emplee en una vida conforme al Evan-

gelo, para que me reste al menos un consuelo, el de contemplarlo allá. . . en los cielos!

¡Qué bello es vuestro corazón Martal! murmuramos viendo por sus expresiones todo lo que en él pasaba. ¡Oh, no lo dudeis; Dios premiará vuestras virtudes, concediendoo el cumplimiento del mas noble de vuestros deseos, la conversion de Arturo!

El tiempo se nos estrechaba ya de una manera considerable; nos hallábamos casi en vísperas de partir; y este pensamiento nos contristaba, porque vivíamos muy contentas en Nueva York; y habríamos deseado permanecer allí largo tiempo. Esto era imposible, porque no viajábamos por placer, y misiones honrosas exigían la presencia de nuestro padre en otra parte.

Teniendo pues que abandonar pronto los Estados Unidos, nos propusimos aprovechar de la mejor manera posible los pocos dias que nos restaban. al efecto una mañana mandó tomar papá dos carruajes, y repartiéndonos en ellos, dió órden al cochero para que nos condujera al cementerio de Brooklyn, que se encuentra algo distante de la ciudad, es este un punto notable, que no hay un solo extranjero que no deba visitar; como lo habíamos oído ponderar mucho; teníamos positivos deseos de conocerlo.

Atravesamos varias calles de la poblacion; la mañana estaba muy fria, y á pesar de que nos hallábamos bien cubiertas con las pieles del carruaje, habia un aire cortante que no dejaba de molestarnos; repentinamente el carruaje se detuvo y entonces tuvo lugar una exena que vivamente llamó nuestra atencion, impresionándonos sobre manera: se colocó un puente sobre las aguas, y rodando por él nuestros carruajes penetraron en un vapor, allí habia ya otros carruajes, repentinamente el vapor comenzó á vogar por entre las olas y esto nos impresionó mas aun, pues nunca se nos habia cruzado la idea de atravesar parte del mar en coche.

Quando se viaja se tiene que ver y aún hacer cosas extrañas, que vienen naturalmente á herir la imaginacion, nosotras estábamos encantadas en atravesar de esa manera ese brazo de mar: pasar el mar en coche era una cosa apenas creible; ¡una cosa nueva! y esto, ¡que sorpresa tan grata nos causó!

A pesar de que notamos que algunos bajaban de sus carruajes, nosotros no lo hicimos, por la comodidad que esto nos proporcionaba, y por que así teníamos el gusto de contemplar quanto nos rodeaba.

No fué larga nuestra permanencia en aquel si-

tio, y pronto llegamos al otro lado donde el vapor atracó en el muelle: se puso luego el puente de madera, y nuestros carruajes comenzaron á caminar!

Pronto nos encontramos de nuevo en tierra firme poseidas de alegría, y de un festivo humor, y crecía á cada momento, nuestro contento y alborozo.

El carruaje caminaba con rapidez, de modo que no tardamos en llegar al cementerio que habíamos oído ponderar tanto, y que es sin duda digno del elogio y admiración de cuantos lo han visitado.

El cementerio de Brooklyn es uno de los lugares que embellecen á los Estados Unidos, y que no puede dejarse pasar desapercibido.

Después de un breve rato de camino, nos encontramos á su entrada, compuesta de una puerta inmensa de fierro perfectamente calada, y acompañada de un magnífico enverjado del mismo metal muy bien labrado.

Un zuiso con su baston en la mano se encontraba cuidando dicha entrada: se presentaron los billetes que la franqueaban y penetramos en seguida.

Una bellísima avenida de árboles de ciprés y llorones, según creemos, formaba la entrada tan espaciosa que al parecer no se le veía término, y

tan curiosamente atendida y limpia, que ni una sola hoja en el suelo la ensuciaba.

Al principio no vimos ningun mausoleo; pero en el fondo se notaban grupos muy hermosos, y su conjunto presentaba el mas bello golpe de vista.

Caminabamos pausadamente, para podernos fijar atentamente en todo lo que nos rodeaba y ¡cosa extraña! fué este el primer cementerio que no infundió en nuestra alma el tinte de melancolía, que comunmente respiran estos sitios.

Es tan natural la tristeza al visitar la mansion de los muertos!

¡Convida tanto á la meditacion el aspecto severo de un sepulcro! la morada de la muerte...! el sitio dó reposan los que ya no existen...! que nos sorprendió no vernos agitadas por esas sensaciones serias y profundas, que se experimentan siempre al lado de una tumba!

Lejos de eso, aquel sitio en que nos hallabamos nos convidaba á la alegría, habia algo de risueño en su conjunto, y tal poesia en todo él, que parecia que los tintes de la vida trataban de animar aquella ciudad sepulcral, y el bullicio de los vivos ahogar el silencio de los que reposaban en la tumba....!

¡Bello, muy bello se presentó Brooklyn ante nosotras! cada paso que avanzabamos por la fron-

dosa avenida, nos producía sensaciones dulces de placer, y pasabamos de sorpresa en sorpresa.

Ya nos deteniamos al pié de una verde colina, en cuya cima, rodeada de un elegante enverjado de fierro, habia un magnífico mausoleo de blanco mármol, coronado por estatuas alegóricas formando deliciosos grupos, y en el cuerpo del mausoleo veiamos dorados caractéres, ó hermosos bajos relieves, ó algunos signos que nos trasmitian las acciones mas notables de la vida del que descansaba bajo la fria losa de ese sepulcro!

Aislados y solos para ostentar mas su grandeza veiamos sepulcros mas ricos y notables, que desde luego llamaban nuestra atencion.

Mas allá caminabamos por una calle, cubierta de uno y otro lado por hermosos mausoleos de las formas mas variadas y caprichosas, donde el bronce, el mármol, el granito, y otras piedras, ostentaban toda su hermosura, embellecida mas aún por la mano del artista.

Avanzabamos sorprendidas por aquellas avenidas del arte tan notables por la belleza de sus sepulcros; deteniamos á cada instante nuestros pasos para fijar en algo nuestra atencion: ya contemplabamos bella y de trasparente mármol la estatua del dolor! La imagen del sufrimiento, se representada en una jóven que con el cabello en

desórden, y postrada ante una tumba, sostenia en sus manos su abatida frente, mientras sus lágrimas corrian por la losa sepulcral...!

Mas léjos, veiamos un héroe, que reclinado sobre una piedra, luchaba en los momentos de agonia entre la vida y la muerte! El sufrimiento se hallaba tan bien representado en el semblante del moribundo, que al verlo no pudimos menos de sorprendernos, admirando la mano del artista, que habia podido prestar tanta expresion á un pedazo de piedra...!

Puede decirse que en Brooklin cada sepulcro es una obra de arte, y que el conjunto de tantas bellezas forma de aquel cementerio más que la mención del llanto y de la muerte, el santuario del arte y de la hermosura.

A medida que adelantábamos, nuestra admiracion crecia de punto en vista de la riqueza, suntuosidad y elegancia de los sepulcros. ¡Cuánto esplendor aun en la misma muerte!

Al contemplar á Brooklin recordábamos con tristeza nuestros cementerios, y deseábamos ver un dia en nuestra patria querida lo que entonces allí admirábamos. Cada nuevo monumento, que se presentaba á nuestra vista, nos hacia admirar mas y mas las poéticas figuras que en ellos se encontraban: despues de haber seguido un largo

rato nuestro paseo por la avenida principal, comprendimos que quizá nos faltaría tiempo para seguir á lo largo de ella, y que debíamos internarnos por los lados para formarnos una idea mas completa de aquel lugar, que nos tenia tan asombradas efectivamente, pusimos pronto en ejecucion nuestro proyecto, y nos internamos en uno de los lados del cementerio.

¡Qué bello sitio!

¡Todo era allí original y caprichoso!

En una parte se presentaba á la vista un grupo precioso de monumentos, donde reposaban los restos de una familia, que habiendo vivido unida en la tierra, querian tambien reposaran juntos sus cuerpos en las mansiones de los muertos.

Mas allá vimos una especie de bosquecillo donde penetramos, y tubimos ocasion de ver multitud de capillitas, que son generalmente de orden gótico, como todas las construcciones de este género en Nueva York.

Estas capillas poco más ó menos están precedidas de una hermosa puerta de fierro perfectamente labrada, que da entrada á una pieza de tres varas en cuadro muy aseada y con el piso de mármol: en el fondo se eleva un pequeño altar con algun signo religioso; al pié de este altar se encuentran colocados con orden tres ó cuatro si-

llas sobre una alfombra de tripe, con sus respectivos reclinatorios forrados de terciopelo.

Una lámpara de plata ó de bronce se halla suspendida del techo, y alumbrá con su luz opaca aquel pequeño recinto: las llaves de estas capillas las conservan en su poder los deudos mas próximos, de manera que diariamente pueden contemplarse cuadros llenos de ternura en este lugar, porque repentinamente penetran al cementerio, ya una familia, ó bien una hermosa jóven, con traje negro que revela un dolor y duelo severos y profundos, cubierta por un velo de crespon, al través del cual apenas puede percibirse su bellísima fisonomía, cuando negligentemente lo deja caer sobre su rostro, y entónces quizás podemos descubrir en él las hondas huellas del dolor.

Si la seguimos, vemos que con la pausa de la meditacion se dirige á una de estas capillitas, descubre una blanca y fina mano, en la que sostiene una llave, la introduce en el cerrojo de la puerta, la hace girar, y pronto se abre franqueándole la entrada.

Entónces ella penetra, entrecierra la verja de fierro, y poco despues la vemos postrada, con el rostro entre la manos, bañada en lágrimas, y exhalando profundos suspiros, ¡amargos lamentos!

¡Ay! Aquella jóven desventurada es quizas

una viuda!..... Hace pocos dias ó unos cuantos meses que ha perdido á su querido esposo, y por lo mismo la contemplamos poseida por el mas justo dolor!

¡Cómo no se ha de encontrar su corazon cruelmente herido, cuando al principio de su ventura vino la mano de la muerte á arrebatár y cortar su dicha!..... ¿Es posible entónces no entregarse al mas amargo sufrimiento, á la pena mas honda?

¡Oh! no es posible!

No queremos dar á entender con esto, que la exageracion en la pena pueda ser permitida; eso, aunque es cierto que en los momentos de angustia se tolera, porque la inteligencia se oscurece repentinamente, no admitiendo ningun racionio, y escondiéndose por decirlo así entre los afectos gigantes del corazon que se conmueve extraordinariamente! Sin embargo, no debe ser durable, porque nos hace un daño inmenso.

Dios mismo ha dado al hombre el dominio de la razon sobre el corazon; porque si este nos dominara sin guía, seriamos perdidos sin remedio! La razon es la amiga íntima, la fiel compañera que nos preserva continuamente de los peligros inminentes, ella nos señala los límites de todo, nos presenta las consecuencias de cuanto empen-

demo, nos manifiesta los medios con que podemos evitar los males, y al hacernos ver todo esto, nos dá la fuerza para dominar los impulsos del corazon, que si los dejáramos libremente, nos producirian la ruina.

¡Cómo nos conmovian los cuadros tan patéticos y tiernos que contemplábamos en el recinto de algunas de esas capillas! Ya era una anciana madre la que lloraba sobre el sepulcro de su hija!.....

Ya un huérfano desdichado, que bañaba en lágrimas la losa sepulcral de sus padres!..... Todo esto conmovia nuestra sensibilidad, destrozaba nuestro corazon! y ¡cuántas veces nos obligó hasta á derramar tambien amargas lágrimas!

El dolor siempre infunde respeto; las lágrimas conmueven la desgracia, el infortunio es siempre un iman para los corazones nutridos en sentimientos nobles!

Otro bosquecillo lóbrego y sombrío, formado solo de cipreses y llorones, se presentó luego á nuestros ojos: parecia ser el punto mas solitario y abandonado del cementerio, tenia cierta severidad que infundia respeto, y todo convidaba allí al recogimiento y á la meditacion; poseidas de estos sentimientos penetramos. En el centro de un grupo de árboles brillaba la blanca lá-

pida de un s epulcro!  Era el único que estaba en aquel lugar! No se veian en él grandes est tuas, ni ricos adornos, la sencillez más severa era el distintivo de aquella tumba!..... Sobre la hermosa l pida de blanco m rmarol se veian trazadas en caracteres de negro esmalte, rodeado de un cordon de oro, estas pocas letras.

 Matilde! coronaba la l pida una cruz y al pié de aquel sepulcro se veian esparcidas guirnaldas de pensamientos, siempre vivas y cipreces, unas frescas, otras secas por la mano del tiempo! . . .

Nos detuvimos algunos instantes delante de aquella tumba! la profunda melancolía que se respiraba en aquel sitio nos interes  vivamente.  Matilde! exclamamos repitiendo el nombre trazado en la l pida.  Matilde! . . . , este solo nombre sobre aquel sepulcro  ra un poema de sentimiento! era toda una historia.

Profundamente interesadas   favor de la que descansaba bajo aquella loza fria, elevamos por ella al cielo una plegaria, y nos inclinamos   recoger una flor de las que la circundaban.

Al hacerlo, nuestra mano tropezó con un objeto que estaba oculto en el verde cesped; lo tomamos sorprendidas, y más aumentó nuestra admiracion cuando vimos una cartera negra, en cu-

yo cuero con dorados caracteres se lefa este nombre  Genaro!.

 Cosa mas extraña! exclamamos viendo la cartera, y por un instante pensamos en calocarla otra vez en el sitio donde la habiamos encontrado; mas previendo que al hacerlo así cualquiera podria apoderarse de ella, y hacer quizás un mal  so de lo que contuviese, la guardamos resueltas   devolvérsela   su dueño, si  ra posible encontrarlo.

Aquella cartera abandonada al pié de un sepulcro. los nombres de Genaro y de Matilde. grabados en nuestro corazon, no se separaban de nuestra mente un solo instante. algo de misterioso. de raro. veiamos en todo aquello, y nuestro interes se hallaba fuertemente exitado! quizás aquella cartera podria descorder el velo del misterio   nuestra vista, internándose en el fondo de una historia desdichada! . . . quizás en ella descubririamos, si algun lazo misterioso uniria   Genaro y   Matilde, así como en la mansion d  la muerte habiamos encontrado escritos sus nombres?

Estos pensamientos nos preocupaban; deseabamos imponernos del contenido de esa cartera, pero all  no era esto posible, y despues de recoger algunas flores más del sepulcro de Matilde, aban-